

laleydedios.org

Apéndice 8e: Los diezmos y las primicias — por qué hoy no pueden cumplirse

Esta página es parte de una serie que explora las leyes de Dios que solo podían obedecerse cuando el Templo estaba presente en Jerusalén.

- Apéndice 8a: Las leyes de Dios que requieren el Templo
- Apéndice 8b: Los sacrificios — por qué hoy no pueden ofrecerse
- Apéndice 8c: Las fiestas bíblicas — por qué hoy no puede guardarse ninguna
- Apéndice 8d: Las leyes de purificación — por qué no pueden guardarse sin el Templo
- Apéndice 8e: Los diezmos y las primicias — por qué hoy no pueden cumplirse (Esta página).
- Apéndice 8f: La Santa Cena — la Última Cena de Jesús fue la Pascua
- Apéndice 8g: Las leyes del nazareato y de los votos — por qué hoy no pueden cumplirse
- Apéndice 8h: La obediencia parcial y simbólica relacionada con el Templo
- Apéndice 8i: La cruz y el Templo

Los diezmos y las primicias eran porciones santas de la producción de Israel — de la tierra (Deuteronomio 14:22) y del ganado (Levítico 27:32) — que debían presentarse por mandato de Dios en su santuario, delante de su altar y en manos de sus sacerdotes levitas. Estos mandamientos nunca fueron abolidos. Jesús nunca los anuló. Pero Dios

quitó el Templo, el altar y el sacerdocio, haciendo imposible la obediencia hoy. Como ocurre con todas las leyes que dependen del Templo, los reemplazos simbólicos no son obediencia, sino invenciones humanas.

Lo que la Ley ordenó

La Ley definió el diezmo con absoluta precisión. Israel tenía que separar la décima parte de toda su producción — grano, vino, aceite y ganado — y llevarla al lugar que Dios escogiera (Deuteronomio 14:22-23). El diezmo no se distribuía localmente. No se entregaba a maestros que uno escogiera. No se convertía en una donación monetaria excepto en el caso limitado en que la distancia exigía una conversión temporal, y aun entonces el dinero tenía que gastarse dentro del santuario, delante de Dios (Deuteronomio 14:24-26).

El diezmo pertenecía a los levitas porque no tenían tierras como herencia (Números 18:21). Pero incluso los levitas tenían que llevar el diezmo del diezmo a los sacerdotes junto al altar (Números 18:26-28). Todo el sistema dependía del Templo en funcionamiento.

Las primicias tenían una estructura aún más definida. El adorador llevaba lo primero de la cosecha directamente al sacerdote, lo colocaba delante del altar y pronunciaba una declaración ordenada por Dios (Deuteronomio 26:1-10). Este acto requería el santuario, el sacerdocio y el altar.

Cómo obedeció Israel

Israel obedeció estas leyes de la única manera en que la obediencia era posible: llevando físicamente el diezmo y las primicias al Templo (Malaquías 3:10). Ningún israelita inventó una versión simbólica o “espiritual”. Jamás se redirigió ningún porcentaje a líderes religiosos locales. No se añadió ninguna interpretación nueva. La adoración era obediencia, y la obediencia era exactamente lo que Dios había ordenado.

El diezmo del tercer año también dependía de los levitas, porque ellos — no los particulares — eran los responsables ante Dios de recibirlo y distribuirlo (Deuteronomio 14:27-29). En cada etapa, el diezmo y las primicias existían dentro del sistema que Dios estableció: Templo, altar, levitas, sacerdotes, pureza ritual.

Por qué la obediencia es imposible hoy

Hoy el Templo ya no existe. El altar ya no existe. El sacerdocio levítico no está en funciones. El sistema de pureza no puede funcionar sin el santuario. Sin estas estructuras dadas por Dios, nadie puede cumplir con el diezmo ni con las primicias.

Dios mismo predijo que Israel permanecería “muchos días sin sacrificio ni pilar, sin efod ni terafines” (Oseas 3:4). Cuando él quitó el Templo, quitó la posibilidad de obedecer toda ley que depende de él.

Por lo tanto:

- Ningún pastor cristiano, misionero, rabino mesiánico ni ningún otro obrero de un ministerio puede recibir un diezmo bíblico.
- Ninguna congregación puede recolectar primicias.
- Ninguna donación simbólica cumple estas leyes.

La Ley define la obediencia, y nada más es obediencia.

La generosidad se fomenta — pero no equivale a diezmar

El hecho de que el Templo haya sido quitado no eliminó el llamado de Dios a la compasión. Tanto el Padre como Jesús fomentan la generosidad, especialmente hacia los pobres, los oprimidos y los necesitados (Deuteronomio 15:7-11; Mateo 6:1-4; Lucas 12:33). Dar libremente es bueno. Ayudar económicamente a una iglesia o a cualquier ministerio no está prohibido. Apoyar una obra justa es noble.

Pero la generosidad no es diezmar.

Diezmar requería:

- Un porcentaje fijo
- Elementos específicos (producción agrícola y ganado)
- Un lugar específico (el santuario o Templo)
- Un receptor específico (levitas y sacerdotes)
- Un estado de pureza ritual

Nada de esto existe hoy.

La generosidad, en cambio:

- No tiene un porcentaje ordenado por Dios
- No tiene relación con la ley del Templo
- Es voluntaria, no está ordenada por estatuto
- Es una expresión de compasión, no un reemplazo de los diezmos ni de las primicias

Enseñar que un creyente “tiene que dar el diez por ciento” hoy es añadir a la Escritura. La Ley de Dios no autoriza a ningún líder — antiguo ni moderno — a inventar un nuevo sistema de donaciones obligatorias en lugar del diezmo. Jesús nunca lo enseñó. Los profetas nunca lo enseñaron. Los apóstoles nunca lo enseñaron.

El diezmo inventado es desobediencia, no obediencia

Algunos hoy intentan convertir las donaciones de dinero en un “diezmo moderno”, afirmando que el propósito permanece aunque el sistema del Templo haya desaparecido. Pero este es exactamente el tipo de obediencia simbólica que Dios rechaza. La Ley no permite que se reinterprete, se reubique ni se reasigne el diezmo. Un pastor no es un levita. Una iglesia o una congregación mesiánica no es el Templo. Una donación no equivale a las primicias. El dinero colocado en un plato de ofrendas no se convierte en obediencia.

Al igual que con los sacrificios, las ofrendas de las fiestas y los ritos de purificación, honramos lo que la Ley ordenó al negarnos a reemplazarlo con invenciones humanas.

Obedecemos lo que puede obedecerse, y honramos lo que no

Los diezmos y las primicias siguen siendo mandamientos eternos, pero es imposible obedecerlos hasta que Dios mismo restaure el Templo, el altar, el sacerdocio y el sistema de pureza. Hasta ese día, caminamos en el temor del Señor dando generosamente cuando podemos — no como diezmo, no como primicias, no como obediencia a ningún porcentaje, sino como expresiones de misericordia y justicia.

Inventar un sustituto es reescribir la Ley. Negarse a inventar sustitutos es honrar al Dios que la pronunció.